

ANARI ALBERDI

De trigo y musgo

Traducido del euskera por la autora

Para Elvira, Joxemai «Txulo» y Jontxu

CUANDO SALÍ DEL CINE tenía seis llamadas perdidas. No conocía el número, pero sabía de quién eran.

Miraba el teléfono con medio cuerpo todavía inmerso en la ficción y el otro medio en la pantalla del móvil —que no es ni ficción ni realidad—, cuando el estruendo seco de una explosión me sacudió por dentro e hizo temblar las paredes de tímpanos, piedra y hormigón. La gran cristalera de la entrada sobrevivió a duras penas.

La estela y el eco de la explosión se esparcieron por las calles de la Parte Vieja. Luego quedó una calma que paralizó el tiempo y enmudeció aún más el silencio.

Con el estruendo aún dentro del cuerpo, reaccionamos. Intentamos salir del cine todos a la vez y, al tropezarnos con los que querían entrar para buscar refugio, se formó en la puerta una histeria sobreactuada, un caos de gritos y cuerpos.

Las luces azules de la policía iluminaban intermitentemente los árboles y los edificios, y las cintas de plástico rojas y blancas exageraban aún más la sensación de peligro de la zona acordonada.

Yo también estaba herida aquella tarde, aunque las heridas las traía ya de casa. Las televisiones y los radios locales habían anunciado hasta la hipérbole la alarma por oleaje y tormentas. Por esa razón, tal y como acostumbramos a hacer las personas de nuestra clase, decidí refugiarme en una sala de cine, y no solo de la ciclogénesis.

Otra ola enorme se levantó y explotó contra el muro de contención que había a unos cincuenta metros de la salida del cine. Medio segundo le fue suficiente para aniquilar todos los cálculos y protocolos de la zona de riesgo acordonada. El mar se esparció a su antojo entre las calles, y la gente echó de nuevo a correr siguiendo el mismo mecanismo —también llamado *instinto de supervivencia*— que se activa para escapar de las bombas, de un depredador o de una galerna: el mecanismo que te lleva a salvarte a ti misma garantizando así la supervivencia de toda una especie, y no al revés.

HABÍA conseguido, al fin, salir del cine.

El viento soplaba fuerte y llovía desde todos los lados y en todas las direcciones. Cien metros más adelante, giré a mano derecha y desde allí seguí andando hacia el centro. Dos manzanas de casas fueron suficientes para ignorar el violento mar que intentaba traspasar los muros que protegían aquella hermosa ciudad.

Las luces recién encendidas de los escaparates, las farolas y los coches oscurecieron bruscamente la tarde. Los viandantes buscaban refugio en las esquinas de los edificios. Agazapados en sus ligeros abrigos y sus paraguas, avanzaban por las aceras exagerando un gesto de autodefensa contra el viento y la tormenta.

Estaban cerrando las tiendas. Un joven que esperaba junto a mí para cruzar la calle llevaba en una bolsa de color plata una carísima decepción que acababa de comprar.

Los autobuses, que se arrastraban sobre sus ruedas llenos de gente, parecían bestias cansadas con sus enormes y tristes ojos encendidos.

Decidí ir a casa andando. Tres calles y un cuarto de hora más adelante, se había abierto de nuevo el cielo como si el tiempo hu-

biera retrocedido tres horas o hubiese vuelto a amanecer, y una iluminación casi artificial alumbró la ciudad.

A lo lejos, alcanzaba a ver cómo las blancas olas seguían rompiendo contra el cielo negro.

Aunque todavía estábamos en otoño, el aire invernal de la tarde sorprendió a quienes, con el sol del mediodía, habían salido de casa ligeros de ropa. El cambio de estaciones es así; la siguiente estación nos envía siempre un adelanto: un bochornoso día de verano en primavera, una noche fría en agosto o el viento helado que encogía a la gente aquella tarde. También las mareas cada cierto tiempo lanzan una ola —una de cada siete— del tamaño de la siguiente tanda de olas. Una señal.

Y así cambia todo; las estaciones, la marea o toda tu vida: un gesto extraño, una pequeña mentira o la pequeña piedra que adelanta todo un desprendimiento.

ME toqué el teléfono que llevaba en el bolsillo y recordé la llamada que tenía pendiente. Protegida en el hueco que había entre los dos escaparates de una tienda recién cerrada por la crisis —o por las crisis—, abrí la lista de llamadas perdidas y llamé al primer número.

Una voz de hombre respondió como si estuviera regañándome. Sentí una punzada en el género. El viento de otro lugar soplaba entre las palabras de su voz ajada. No le escuchaba muy bien.

Le dije que nos lo pensaríamos y que le daría una respuesta, pero que no tuviera prisa.

Me puse los auriculares* y me envolvió la voz de Nick Cave. Seguí caminando junto a la ría entre dos hileras de edificios hermosos. El mar estaba bravo; embestía contra los puentes que cruzan la ría, y, como contenida entre los distorsionados arpegios de la canción, la ría lograba controlarse a sí misma.

Aunque había dejado de llover, al pasar bajo los alargados plataneros me cayeron las gotas acumuladas durante la tormenta, agitadas por el viento, a deshora y a destiempo.

Abandoné la arboleda y seguí por la orilla de la ría que acoge una batalla eterna y sin tregua entre el agua salada que sube del mar y el agua dulce que baja del río.

* La novela *El corazón es un cazador solitario*, de Carson McCullers, contiene un pasaje realmente asombroso relacionado con los auriculares. Al principio del libro, la protagonista y narradora del mismo, la joven Mick Kelly, dice que de mayor quiere ser cantante e inventora y menciona algunos inventos proféticos: «Quizá sería una gran inventora. Inventaría diminutas radios del tamaño de un guisante que la gente podría llevar a todas partes metidas en la oreja». McCullers escribió esto en 1940, pero la tecnología necesitaría años para materializar ese dispositivo que la literatura inventó mucho antes.

SEGÚN RECIENTES ESTUDIOS, LAS aguas residuales de los edificios y barrios contienen rastros de distintos tipos de drogas dependiendo de la renta media de sus habitantes.

Aquella tarde, tras los ventanales de los edificios afrancesados que custodian el tramo de ría que me acompañaba, unas sombras desafiaban a la melancolía con una copa de Burdeos en la mano, absortas en la coreografía lenta e hipnótica de los peces drogados con los restos de antidepresivos que se vierten en los barrios periféricos, a unos cuantos kilómetros ría adentro. Al día siguiente, las sombras de esta zona añadirían al cauce de la ría restos de café y vitaminas recetadas contra el dolor de cabeza, que, según el estudio, es lo que vierten los barrios de rentas altas.

Los días en que las aguas bajan mansas, jubilados, parados y otros terapizados de los barrios pobres de la periferia suben a pescar con dos o tres cañas cada uno al último puente de la avenida, al que se abre al mar. En algún caso, cabe la posibilidad de que pesquen peces que, además de estar vitaminados y cafeinados por los habitantes de esa zona, estén también contaminados con el lorazepam o la fluoxetina que ellos mismos toman —y que es lo que, además de la terapia ocupacional de la pesca, les ha recetado su psiquiatra—.

Al llegar a casa se los comen, y, de esta manera, se multiplica exponencialmente el efecto de su medicación.

DEJÉ ATRÁS EL RÍO y avancé, entre las casas y los coches aparcados, hacia el barrio en el que vivía entonces.

Un tren de cercanías que pasó silbando y balbuceando, envuelto en su propia onomatopeya, intensificó la descripción existencialista del atardecer. Tras sus ventanales arañados, de una triste luz color ámbar, viajaban todos los tópicos de la poesía social generando así una leve disforia en la teoría literaria.

Comparado con la prisa que llevaba la gente en el centro, el andar marcaba otro paso en aquel entorno, como si dilatara unas horas el tiempo.

Crucé el puente por debajo de la ruidosa carretera de salida de la ciudad; olía intensamente a mar. Los espigadores anticapitalistas habían dejado secar las algas rojas que recogen en las playas cuando baja la marea para luego venderlas.

Un poco más adelante, la acera avanzaba paralela a una pista de atletismo. Tres o cuatro personas daban vueltas, cada una por su calle, siguiendo la carrera que empezó con la caza y con la fuga, y que ahora se ha convertido en una absurda competición contra el tiempo.

Sin embargo, lo que me llamó la atención fue la mujer joven que estaba atrapada dentro la red en medio de la pista.

La lanzadora de peso.

LA TÉCNICA DEL LANZAMIENTO de peso tiene su origen en la antigua Grecia.

Para ganar distancia en el lanzamiento, se debe partir de una posición estacionaria y equilibrada dentro del área sin pisar ningún borde de la misma. El campo de acción se divide en tres partes: la zona de lanzamiento, la zona de caída y la zona de seguridad.

Dentro de esta modalidad existen dos tipos de lanzamiento: el directo y el de rotación (el tuyo, en el que das mil vueltas a las cosas).

El lanzamiento directo es más sencillo.

Para el lanzamiento de rotación es imprescindible que el atleta esté equilibrado, ya que con esta técnica se dan muchos nulos de distinta índole; por ejemplo, que la lanzadora se salga de la zona de lanzamiento —lo que podríamos llamar *perder los papeles*— o que el peso no caiga en la zona en la que debería caer —también conocido como *daños a terceros*—.

La chica joven se encontraba en el círculo de hormigón que estaba dentro de la red, y la metáfora del peso, en este caso, sería una bola de hierro que sujetaba con cuidado entre el cuello y la mano como si fuera la materia más frágil de la tierra.

Con el brazo izquierdo extendido, barrió el perímetro como si pidiera distancia a la gente que había a su alrededor. Entonces empezó a rotar y, con la fuerza de la inercia —esa que tan bien conoces, aunque ella la usaba a su favor—, giró sobre sí misma

hasta que lanzó la bola negra contra un cielo color plomo. Estuvo al límite, pero no pisó la línea del círculo de lanzamiento.

Durante el trayecto, la lanzadora perseguía el peso con la mirada y, aunque en el último año había ganado medio metro de distancia, no le parecerá suficiente. A ti tampoco.